

vesia, habrás encontrado personas humanas, que el pensamiento de un inocente, de un mártir, les habrá enternecido!...

No pasa un segundo, mi adorado esposo, sin que mi pensamiento vuele hacia tí. Mis días y mis noches se pasan en continuas angustias por tu salud, por tu estado de ánimo. ¡Pensar que no sé nada de tí ni sabré hasta tu llegada!...

Paris, 26 febrero 1895.

Día y noche pienso en tí, comparto tus sufrimientos, experimento atroces angustias al verte alejar de ese modo, navegar sobre un mar quizás desencadenado, aumentándose así tus torturas morales con un malestar físico. ¿Por qué fatalidad sufrimos una prueba tan cruel?

Tengo ansia de estar á tu lado y poder dominar un poco por mi afición y mi ternura nuestra inmensa pena; he pedido al ministro de las Colonias la autorización para reunirme contigo, pues la ley permite que las esposas é hijos de los deportados acompañen á éstos; no creo que haya ningún impedimento para ello; así es que espero la respuesta con febril impaciencia...

Paris, 28 febrero 1895.

Describirte mi tristeza, mi pena á medida que te alejas, me es imposible; mis días transcurren en atroces reflexiones, mis noches en horribles pesadillas; únicamente los niños, con sus amables caricias, su alma hermosa, llegan á recordarme que

tengo un gran deber que cumplir y que no puedo abandonarme; entonces me repongo y tomo á pecho el educarlos como tu siempre has deseado, el seguir tus excelentes consejos, el formar nobles corazones, de manera que á tu regreso encuentres á esos seres queridos tal como pensabas.

Paris, 5 marzo 1895.

Te he remitido con mi última carta un paquete de revistas de todo género que te interesarán y te ayudarán en lo posible á que encuentres las horas menos largas hasta que llegue el día del descubrimiento del culpable. Suponiendo, Dios mío, que la vida que te espera ahí no sea demasiado penosa, que no te falte lo estrictamente necesario, y que soportes físicamente los rigores que te sean impuestos...

Desde que dejaste la Francia, mis sufrimientos han doblado, y nada puede igualar las angustias que me atormentan. Sería mil veces menos desgraciada si estuviara contigo; al menos sabría cómo te encuentras, cómo estás de salud, tu moral, y mis inquietudes por ese lado desaparecerían...

LUCÍA.

CONTINUACIÓN DE MI DIARIO

Sábado, 15 junio 1895.

He permanecido encerrado toda la semana en la choza, por causa de los presidiarios que han venido á hacer obras en el cuartelillo de los vigilantes.

Todos los suplicios juntos.
Esta noche cólicos secos, que me hacían retorcer en la cama.

Miércoles, 19 junio 1895.

Calor seco; la estación de las lluvias va á su fin. Estoy cubierto de ronchas producidas por las picaduras de los mosquitos y otros insectos.

¡Pero esto no es nada! ¿Qué son los padecimientos físicos al lado de mis horribles tormentos morales? Lo infinitamente pequeño.

Es mi cerebro, es mi corazón, el que sufre y lanza alaridos de dolor. ¡Cuándo se descubrirá el culpable, cuándo, en fin, conoceré la verdad de esta trágica historia! ¿Viviré hasta entonces? Lo dudo á veces, tanto siento que mi cuerpo se disgrega en una desesperación terrible. ¡Y mi pobre y querida Lucía y mis hijos! No; no les abandonaré; sostendré á los míos con todo el ardor de mi alma, en tanto que me quede un átomo de fuerza. ¡Necesito todo mi honor, todo el honor de mis hijos!

Sábado, 22 junio, once de la noche.

Imposible dormir. Estoy encerrado desde las seis y media de la tarde, alumbrado solamente por el fanal del cuerpo de guardia. Por otra parte, no puedo estudiar el inglés toda la noche y las revistas recibidas las he devorado en pocas horas.

Después, toda la noche es un continuo ir y venir en el cuerpo de guardia, un ruido incesante de puertas bruscamente abiertas, de cerrojos y goznes. Primeramente el relevo cada dos horas del vi-

gilante; después el vigilante de ronda viene de hora en hora á dar el alerta al cuerpo de guardia. Estas idas y venidas continuas, ese rechinamiento de cerraduras, los tomo por fantasmagorías en mis pesadillas.

¡Cuándo acabará este martirio tan terrible como innecesario!

Martes, 25 junio, 1895.

Los presidiarios vienen de nuevo á trabajar en la isla. Otra vez encerrado en la choza.

Viernes, 28 junio, 1895.

¡Todavía encerrado á causa de la presencia en la isla de esos infelices!

He llegado, á fuerza de voluntad, sacudiendo mis nervios, á trabajar tres ó cuatro horas diarias en el inglés; pero, en lo restante del tiempo, mi pensamiento se vuelve fatalmente hacia este horrible drama. Creo en ocasiones que mi corazón y mi cerebro van á estallar.

Sábado, 29 junio, 1895.

Acabo de ver el correo que viene de Francia. ¡Cómo me hace estremecer el alma esa sola palabra! ¡Pensar que mi patria, á la cual he consagrado todas mis fuerzas, toda mi inteligencia, pueda creermé un vil canalla! ¡Ah! ¡A veces esto es demasiado pesado para seres humanos!

Jueves, 4 junio, 1895.

No he tenido bastante fuerza para escribir estos días, tanto ha sido mi trastorno. He recibido, por fin después de tan larga espera, cartas relativa-

mente recientes de mi familia. Las últimas recibidas datan del 25 de mayo: se ha prevenido por fin á mi familia que sus cartas debían pasar por el ministerio.

Nada todavía; el culpable no ha sido descubierto. Sufro tanto por los tormentos de mi familia como por los míos propios. Ni aún hablo de las mil miserias cotidianas, que son otras tantas heridas para mi corazón lacerado.

Pero no perderé pie; es necesario que comunique ánimo á mi mujer, quiero el honor de mi nombre, el de mis hijos.

*
**

Hé aquí algunos extractos de cartas de mi mujer en esta fecha:

Paris, 25 marzo, 1895.

Espero que esta carta te encuentre en buen estado de salud... Por mi parte, espero con gran impaciencia la noticia de tu llegada, cosa que no puede tardar; pues bien pronto hará tres semanas que estás en camino. ¡Qué calvario has cruzado y qué momentos tan horribles te esperan aún antes de que lleguemos á la verdad!...

Mateo no puede decidirse á ausentarse de aquí. Sé cuanto le has querido siempre y cuánto admiras su hermoso carácter...

Paris, 27 marzo, 1895.

Tengo el corazón desgarrado pensando en tus sufrimientos, en la pena que sentirás al verte solo,

desterrado, no teniendo contigo ni un alma que te sostenga, que te infunda esperanzas, ánimos. ¡Cuánto desearía estar al lado tuyo, compartir tu dolor y mitigarlo con mi presencia! Te aseguro que mis pensamientos están más en las islas de la Salvación que aquí; vivo ahí contigo, procuro el poder verte en ese islote perdido, representarme tu vida...

Paris, 6 abril, 1895.

He leído esta mañana con emoción profunda, tu arribo á las islas de la Salvación; según los periódicos, es la isla del Diablo la que te está destinada. Pero si la noticia de tu llegada ha venido á Francia, nada aún he recibido de tí. No puedo decirte cuanto sufro así, viéndome completamente apartada del esposo tan querido, privada totalmente de noticias, y no sabiendo como soportar este horrible martirio...

Tu admirable abnegación, tu valor heroico, tu alma tan enérgica, nos dan fuerzas para cumplir la tarea que nos incumbe; la cumpliremos, no me cabe duda...

Paris, 12 abril, 1895.

Sin noticias tuyas aún; esto me desespera. Van á cumplir dos meses que no te he visto, y desde entonces nada, absolutamente nada. ¡Ni una línea de tu mano, comunicándome algo tuyo! ¡Qué dolor!..

Mis angustias son terribles al considerarte tan desgraciado; mi corazón, todo mi sér se desgarran á este pensamiento...

Paris, 21 abril, 1895.

¡21 Abril! Esta fecha me trae hermosos recuerdos. Hoy hace cinco años que éramos felices, nos hallábamos perfectamente contentos; cuatro y medio años se han deslizado en una deliciosa existencia, sin conocer más que la dicha. Luego, de repente, un rayo, un espantoso cataclismo. Con frecuencia te he dicho que no deseaba nada, que lo poseía todo. Pues bien, en estos momentos formulo ardientes votos, no ya deseos, sino una súplica, una plegaria, la que dirijo á Dios para que nuestro honor, que nos ha sido robado, nos sea restituído, para que encuentres, con la fuerza, la alegría, la fecilidad, la salud...

Paris, 24 abril, 1895.

Nada he recibido de tí aún, y estoy muy afligida. Todas las mañanas, espero. Todas las noches me acuesto con la misma decepción. ¡Ah! ¡pobre corazón mío, cuán atormentado!...

Paris, 26 abril, 1895.

.....He pasado el día más horrible de mi vida. ¡Un periódico había dicho que estabas enfermo! El tormento sufrido después de esta lectura es indescripible. ¡Saber que estás enfermo, tan lejos, solo, sin tener ni aún el consuelo de cuidarte, de acariciarte, era una cosa atroz! Mi corazón, todo mi sér, sufría

horriblemente. ¡Yo que te había suplicado que vivieses, que no tengo sino una esperanza, la de verte feliz todavía y contribuir á esa felicidad!... las ideas más negras han cruzado por mente. Desolada, he corrido al ministerio de las Colonias. La noticia era falsa...

¿Cuándo recibiré tu primera carta? La espero con infantil impaciencia...

Paris, 5 mayo, 1895.

La carta tuya, la que espero desde tu llegada ahí con tanta impaciencia, no ha llegado aún. Desde que sé la arribada del correo francés (desde el 23 de Abril), siento que me late el corazón cada vez que viene el cartero, y siempre con igual desengaño. Lo mismo ocurre con la autorización para ir á reunirme contigo: el ministro de las Colonias no ha contestado aún á las dos solicitudes sucesivas que le he dirigido durante el mes de febrero.

Pedro eleva todas las noches una ardiente plegaria pidiendo tu pronto regreso. El pobre pequeño, que tiene la costumbre de que todo le sonría en la vida, no comprende el por qué sus peticiones no tienen pronto cumplimiento; la repite un par de veces por temor de sufrir una equivocación...

Paris, 9 mayo, 1895.

Por fin he recibido una carta tuya. No puedo pintarte la alegría que he experimentado ni como

ha latido mi corazón al ver otra vez tu letra querida, leyendo esas líneas escritas por tí, las primeras que llegan á mi mano desde tu llegada ahí, es decir, hace cerca de dos meses...

Tus sufrimientos, tus dolores, los comparto contigo.

LUCÍA.

CONTINUACION DE MI DIARIO

Sábado 6 julio 1895.

Siempre esta vida atroz de sospechas, de vigilancia, de mil miserias cotidianas. Mi corazón salta de cólera y de indignación y me veo obligado por respeto á mí mismo, por dignidad, á no dejar traslucir nada.

Domingo 7 julio 1895.

Los presidiarios han terminado por fin sus trabajos. Así, ayer y hoy he lavado mis trapos, he limpiado mi vajilla con agua caliente y remendado la ropa blanca que estaba en un estado lastimoso.

Miércoles 10 julio 1895.

Las vejaciones de toda clase empiezan á más y mejor. No puedo pasearme ya alrededor de mi casa, ni sentarme detrás de ella, en el único sitio donde se estaba frente al mar y se gozaba sombra y fresco. Finalmente se me ha sometido al régimen de los presidiarios, es decir, no más azúcar, no más café;

un pedazo de pan de segunda cada día y 250 gramos de carne dos veces á la semana. Los demás días, adobo ó tocino salado. Es posible que este nuevo régimen traiga consigo la supresión de las conservas que recibía de Cayena.

No saldré ya de mi casita y viviré á pan y agua; esto durará tanto como sea posible.

Viernes 12 julio 1895.

No es, según parece, la ración de los presidiarios la que se me da, sino una ración especial creada para mí. Tampoco trae aneja la supresión de los víveres que recibía de Cayena.

Pero todo esto importa poco.

¡Son mis nervios, mi cerebro, mi corazón los que sufren!

Es imposible el sentarme en el único sitio donde tenía un poco de sombra durante el día, donde el viento del mar que me azotaba el rostro, hacía eco á las vibraciones de mi alma.

Del mismo día, por la noche.

Acabo de recibir conservas de Cayena. ¡Pero qué importa la nutrición del cuerpo si el martirio que me hacen soportar es espantoso! Deben custodiarme, impedirme la fuga.—como si jamás hubiese tenido intención de otra cosa que de reivindicar mi honor,—y soy seguido por todos lados, cuanto yo hago es criticado y materia de recelo. Cuando camino muy de prisa, se dice que evito al vigilante que me acompaña; cuando en su vista declaro que no

saldré del calabozo, se me amenaza con castigarme. En fin, el día de la luz acabará por llegar, por venir.

Domingo 14 julio 1895.

Veo flotar por todos lados la bandera tricolor, esa bandera que he servido con honor, con lealtad. Mi dolor es tal, que la pluma me cae de las manos; hay sensaciones que no pueden expresarse con palabras.

Martes 16 julio 1895.

El calor es intolerable. La parte de la isla que se me ha destinado está completamente rasa; los cocoteros están en la otra parte.

Paso la mayor parte de los días en mi celda. ¡Y nada que leer! Las revistas del mes pasado no han venido.

Y entre tanto, ¿qué será de mi mujer y de mis hijos?

¡Y constantemente este silencio de tumba alrededor mío!

Sábado 20 julio 1895.

Los días transcurren terriblemente monótonos en espera de un mejor mañana.

Mi única ocupación es estudiar un poco inglés.

Esto es la tumba, con el dolor de tener un corazón aún.

Lluvia torrencial durante la velada, seguida de un calor sofocante. Fiebre.

Domingo 21 julio 1895

Fiebre toda la noche anterior; ganas de vomitar constantemente. Los vigilantes parecen tan acabados como yo por el clima.

Martes 23 julio 1895.

Una mala noche más. Dolores reumáticos; ó mejor, nerviosos: tan pronto intercostales, tan pronto fijándose entre los hombros. Pero lucharé también con mi cuerpo; quiero vivir, ver el fin.

Miércoles 24 julio 1895.

La nostalgia se apodera de mí. ¡No vez nunca un rostro simpático, no abrir nunca la boca, comprimir noche y día el cerebro!

Domingo 28 julio 1895.

Acaba de llegar el correo procedente de Francia. Pero mis cartas van primeramente á Cayena y luego vuelven aquí, aún cuando leídas y registradas en Francia.

Lunes 29 julio 1895.

Siempre lo mismo, ¡ay de mí! Los días, las noches, las paso luchando conmigo mismo, extinguiendo los hervimientos de mi cerebro, ahogando las impacencias de mi corazón, remontando, en fin, los horrores de la vida.

Noche.

Día pesado, sofocante, enervante en grado superlativo. Mis nervios están tendidos como cuerdas de violín. Estamos en la estación seca y esto durará hasta el invierno. Esperemos que todo habrá concluido para entonces.

Martes 20 julio 1895.

Acaba de partir un vigilante, extenuado por las fiebres del país. Es el segundo que se va por igual causa desde que estoy aquí. Lo siento, pues era un buen hombre, que hacía estricto el servicio, lealmente, con tacto y mesura.

Miércoles 31 julio 1895.

Toda la noche anterior he estado pensando en vosotros, querida esposa mía, mis adorados hijos. Espero con febril impaciencia el correo procedente de Cayena. Espero que me traerá cartas. ¿Serán buenas las noticias? ¿Tienen por fin la pista del miserable que ha cometido ese horrible delito?

Jueves 1.º agosto 1895, mediodía.

El correo de Cayena ha llegado á las siete y cuarto de la mañana.

¿Me trae cartas? ¿Qué noticias vendrán en ellas? Hasta el presente no he recibido nada.

Cuatro y media tarde.

Nada aún. Horas terribles de expectación.

9 de la noche.

No ha venido nada. ¡Qué decepción tan amarga!

Viernes 2 agosto 1895.

¡Qué horrible noche he pasado! Y es preciso que yo luche todavía y siempre. A veces siento vehementes deseos de sollozar, tan inmenso es mi dolor; pero es preciso que me beba mis lágrimas, pues me avergüenza el ser débil delante de esos hombres que me observan noche y día.

¡Ni un momento solo con mi dolor!

Estos sacudimientos me enervan, y hoy me siento quebrantado de cuerpo y alma. ¡Y entre tanto voy á escribirle á Lucía, á ocultarle mi dolor, á gritarle ánimo! Es preciso que mis hijos entren en el mundo con la cabeza alta, sea de mí lo que quiera.

7 de la noche.

Ha llegado mi correo y acaban de entregármelo. Todavía nada. Pero tendré la paciencia necesaria; la maquinación de que he sido víctima ha de ser descubierta, indudablemente.

Sabré sufrir todavía.

Véanse algunos extractos de cartas de mi esposa, que recibí el 2 agosto:

Paris 6 junio 1895.

Espero con la más viva ansiedad algunas líneas tuyas, y noticias que me tranquilicen acerca de tu salud, la cual me preocupá hondamente. El correo llegó el 23 de mayo, hoy es el 16 de junio y tus cartas no han venido aún. Cada vez el cartero me proporciona una emoción, emoción bien inútil. Mi pensamiento es sólo para tí, mi vida tuya...

Paris 7 junio 1895.

... He sido interrumpida mientras te escribía, por la llegada de tus gratisimas cartas. En tu energía adquiero yo fuerzas, eres tú quien me sostiene... Por otra parte, si puedo vivir separada de tí de este modo, atormentada por tus crueles sufrimientos, es porque mi esperanza es inmensa y mi confianza en el porvenir absoluta. Pero sufro tanto al verme separada de tí, que he dirigido una nueva solicitud para compartir contigo el destierro. Tendré al menos la dicha de vivir tu vida, de estar á tu lado, de testimoniarte mi inmensa afección.

Paso mis horas leyendo y releiendo tus cartas; ellas son mi consuelo hasta que tenga el placer de reunirme contigo.

LUCÍA.

Cuando ví el régimen de vida á que se me sometía en las islas de la Salvación, no me hice ninguna

ilusión sobre la suerte que correrían las solicitudes de mi mujer pidiendo el reunirse conmigo. Comprendí que serían constantemente denegadas.

CONTINUACION DE MI DIARIO

Sábado 3 agosto 1895.

No he podido pegar los ojos en toda la noche. Estas emociones me quebrantan.

¡Ver tantos dolores acumulados en torno mío, y no poder nada para disiparlos!

Domingo 4 agosto 1895.

Acabo de pasar dos horas, desde las cinco y media á las siete y media, lavando mis trapos de aseo, mis pantalones de lana y mi vajilla. Estos esfuerzos me agotan, pero me hacen bien cuando menos. ¡Ah! Lucho tanto como puedo contra el clima, contra mis padecimientos, pues quisiera saber, antes de morir que mi honor me ha sido devuelto.

Pero ¡qué largos son estos días y estas noches.

No he recibido revistas hace dos meses; y nada tengo para leer.

Más silencioso que un trapense, no abro jamás la boca.

Había hecho pedir á Cayena una caja de herramientas de carpintero para hacer un poco de ejercicio corporal. Me lo han rehusado. Otro problema que no quiero molestarme en resolver. Me encuentro hace nueve meses frente á tantos problemas

que desvían mi razón, que prefiero extinguir mi cerebro y vivir inconsciente.

Lunes 5 agosto 1895.

¡El calor se hace tan terrible y me siento tan quebrantado, tan rendido por este terrible martirio que soporto hace nueve meses!

Sábado 10 agosto 1895.

No sé hasta dónde llegaré, tanto me hacen sufrir mi corazón y mi cerebro, tanto extravía mi razón este espantoso drama, tanto se han desvanecido mis creencias en la justicia humana, en la honradez y en el bien ante tan terribles hechos.

Si llego á sucumbir y estas líneas van á tus manos, mi querida Lucía, cree que he hecho todo lo humanamente posible para resistir á tan largo y penoso martirio.

Sé entonces animosa y fuerte, que tus hijos sean tu consuelo y que ellos te inspiren tu deber.

Cuando la conciencia no nos acusa, cuando se ha cumplido el deber siempre y en todas partes, se puede presentar uno con la cabeza bien alta, y reivindicar su honor.

Lunes 2 septiembre 1895.

Hace ya bastantes días que nada he añadido á mi diario.

¿Para qué? Lucho para vivir, por horrible que sea mi situación, por ulcerado que esté mi cora-

zón, pues quisiera ver, entre mi mujer y mis hijos, el día en que el honor nos será reintegrado.

Pero esperemos que esto tenga un término, mi corazón está muy enfermo. Ayer he tenido un síncope, el corazón cesó de latir súbitamente. Me sentía morir, sin sufrimiento. Qué ha pasado, ni yo mismo lo sé.

Espero mi correo.

Viernes 6 septiembre 1895.

¡Aún no han llegado mis cartas! ¡No hay palabras para expresar un martirio semejante! ¡Dichosos los muertos!

¡Verme obligado á vivir hasta mi último aliento, hasta tanto que lata mi corazón!

Sábado 7 septiembre 1895.

Acabo de recibir las cartas. El culpable no ha sido descubierto aún.

* * *

(Algunos extractos de cartas de mi mujer recibidas en esta fecha.)

Paris 8 julio 1896.

Tus cartas de marzo y del tres de junio han llegado á mi poder. Me han causado un bienestar inmenso. Parecíame que te oía hablar, que tu voz querida resonaba en mis oídos; me llegaba por fin algo tu-